

La política exterior de Estados Unidos hacia América Latina en el período 2001 al 2014

The American foreign policy for Latin
America in the period 2001-2014

A política externa dos Estados Unidos
para a América Latina no período
2001-2014

OLMER ALVEIRO MUÑOZ SÁNCHEZ

Magister en Estudios Políticos por la Universidad Pontificia Bolivariana; docente de la Facultad de Ciencias Políticas de la misma Universidad. Correo electrónico: olmer.munoz@upb.edu.co

LUIS EDUARDO VIECO MAYA

Abogado de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente en las Escuelas de Derecho y Ciencias Políticas y Ciencias Estratégicas de la misma Universidad. Medellín-Colombia. Correo electrónico: luis.vieco@upb.edu.co

Recibido:
15 de agosto de 2014
Aprobado:
27 de noviembre
de 2014



Resumen

El artículo analiza el comportamiento de Estados Unidos, en especial su posición de potencia internacional para el mantenimiento del orden y la seguridad internacional durante la transición entre el gobierno de George Bush y Barack Obama. La tradición política señala que éste debe mantener una posición firme con el propósito de salvaguardar un sistema internacional en equilibrio. Sin embargo, dos teorías resultan enfrentadas a la hora de resolver un dilema de características internacionales. Por un lado, Mearsheimer, teórico del realismo ofensivo, propone una actitud de los Estados siempre en competencia, debido a un sistema internacional en desequilibrio; pero, por otro lado, la tendencia liberal de Ikemberry señala que el orden internacional liberal, propuesto por Estados Unidos, no debe estar ceñido a un esquema de competencia radical sino a todo lo contrario, es decir, a un espacio de cooperación internacional que reduzca la tensión internacional. Por esta vía Estados Unidos podría fijar la ruta con América Latina.

Palabras clave:

Seguridad internacional, Latinoamérica, Estados Unidos, política exterior, relaciones internacionales.

Abstract

The paper analyzes the behavior of the United States, particularly its status as an international power in charge of maintaining order and international security, during the transition between the governments of George Bush and Barack Obama. The political tradition states that the country should maintain a strong position in order to safeguard equilibrium in the international system. However, two confronting theories emerge when it comes to resolving a dilemma of international character. On one hand, Mearsheimer, offensive realism theorist, proposes a context in which states are always in competition due to the existence of an unbalanced international system; the liberal trend led by Ikemberry. On the other hand, notes that the liberal international order, proposed by the United States, should not be defined as a scheme of radical competition but quite the opposite, namely, a space for international cooperation aiming to reduce international tension. Is in this latter frame that the United States could set a course of action regarding Latin America.

Key words:

International security, united states, foreign policy, international relations, latin america.



Resumo

O artigo analisa o comportamento dos Estados Unidos, especialmente sua posição de potência internacional para a manutenção da ordem e a segurança internacional durante a transição entre o governo de George Bush e Barack Obama. A tradição política indica que este deve manter uma posição firme com o fim de salvaguardar um sistema internacional em equilíbrio. Porém, duas teorias se enfrentam na hora de resolver um dilema de características internacionais. Por um lado, Mearsheimer, teórico do realismo ofensivo, propõe uma atitude dos Estados sempre em competição, devido a um sistema internacional em desequilíbrio; mas, por outro lado, a tendência liberal de Ikemberry assinala que a ordem internacional liberal, proposta pelos Estados Unidos, não deve estar restringida a um esquema de competição radical senão ao contrário, isto é, a um espaço de cooperação internacional que reduza a tensão internacional. Por esta via os Estados Unidos poderiam definir a rota com América Latina.

Palavras-chave:

Segurança internacional, América Latina, Estados Unidos, política externa, relações internacionais.

Introducción

El mundo contemporáneo, y particularmente Latinoamérica, no puede ser ajeno a las realidades propias de un mundo cada vez más globalizado. Estados Unidos de Norteamérica, la época ha influenciado directa o indirectamente el direccionamiento político de América Latina. En consecuencia, se pretende evidenciar que su política exterior ha determinado el comportamiento y la política de los países latinoamericanos.

El contexto histórico se ubica en el fin de la Guerra Fría, los atentados del 11 de septiembre de 2001, y el tránsito de gobiernos de los presidentes Bush y Obama. Estos hechos obligaron cambios en el direccionamiento de la política exterior, que se analizarán para determinar cuál es el papel de los Estados Unidos en el sistema internacional actual.

El presente texto pretende evidenciar si hoy, a pesar de que la preocupación máxima del pueblo norteamericano tiene que ver con la solución de una crisis económica generalizada, éste no deja de lado su política exterior en términos de sus intereses geoestratégicos y políticos, lo que permitirá determinar si juega y seguirá jugando un papel preponderante en la política internacional. Es pertinente, para tal propósito, definir si el actual gobierno de Barack Obama está en procura de la consecución de una autoridad más legítima en la escala global, que va más allá de un dominio de facto o si existe una nueva perspectiva política, circunscrita al análisis de costo-beneficio, en el que se maximizan los buenos resultados por encima de las buenas intenciones, lo que rompe con el direccionamiento de su predecesor George Bush.

Los postulados de análisis partirían ahora de las premisas de maximización de la libertad como criterio orientador de la política estadounidense, y si su posición única, de súper potencia, lo ha convertido en el blanco más probable de agresiones de cualquier país o grupos hostiles a Occidente.

En el desarrollo del mismo, se evidenciarán las perspectivas que la política exterior de Estados Unidos impone para América Latina tras la reformulación de sus estrategias en el transcurso de la Posguerra Fría, el 11 de septiembre y las estrategias de seguridad de los gobiernos Bush y Obama.

Estados Unidos y su protagonismo internacional

Desde distintos puntos de análisis teóricos, se podría revisar el comportamiento de esta potencia internacional. Por un lado, ha dejado de ser una potencia única y, por otro, después de la Guerra Fría, no impone un orden internacional y se ha convertido en una potencia entre otras (*primus inter pares*), lo que significa que ha perdido capacidad para producir cohesión en torno a su proyecto político, democrático y liberal.

Posterior a la Guerra Fría resurgen las antiguas potencias y nuevos actores que disputan el poder internacional. Estados Unidos ha de conservar una posición hegemónica que sólo puede ser cuestionada con posterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Según Stewart:

El orden internacional, entendido como los acuerdos de gobierno que existen entre las unidades de un sistema incluyendo sus reglas, principios e instituciones, los cuales han sido diseñados para hacer que las interacciones entre las unidades sean predecibles para garantizar que los más importantes objetivos y valores colectivos se mantengan. Hay una pequeña duda respecto a la posibilidad de que estos objetivos principales sean representados asimétricamente por los más influyentes actores del sistema. Esto es particularmente cierto cuando dichos actores utilizan recursos coercitivos o cooptativos de poder para conseguir que otros miembros del sistema concuerden con sus preferencias (2012, p. 18).

Estados Unidos puede estar en una situación de repliegue desde el punto de vista político y fomentar un tipo de aislacionismo preventivo frente a los distintos países que pueden representar una competencia, lo cual se puede entender en el marco de la gobernanza global que es entendida como:

Gobernanza global no es lo mismo que gobierno mundial, y la analogía doméstica no es adecuada. El sistema mundial del siglo XXI, no es meramente un sistema de Estados unitarios que interactúan entre sí a través de la diplomacia, el derecho internacional público, y las organizaciones internacionales. En un modelo tal, los Estados, como agentes, interactúan constituyendo un sistema internacional.

El enfoque de este modelo en el concepto reificado del Estado unitario falla lo suficiente como para hacer evidentes dos elementos adicionales esenciales en el sistema mundial contemporáneo: las redes que se establecen entre los agentes,

y la normativa (o estándares de comportamiento esperado) que es ampliamente aceptada entre los actores. Es preciso entender este sistema internacional como la estructura del sistema mundial contemporáneo, esencial para el funcionamiento del sistema como un todo, pero no como un sistema completo por sí solo. Es un modelo útil simplificado al que es posible hacer preguntas sobre la gobernanza global, aunque esto de ningún modo nos pueda dar los fundamentos para un acercamiento más comprensivo (Nye, Donahue, 2000, 19).

A pesar de que algunos autores establecen una pérdida de preponderancia de Estados Unidos en el mundo (Ikenberry, 2005), la realidad demuestra lo contrario, es decir, Estados Unidos continúa y continuará manteniendo su liderazgo.

Para precisar el carácter de gran potencia, ha sido tradicionalmente necesario evidenciar al menos tres elementos geopolíticos fundamentales para que un país se convierta en una potencia hegemónica, -y que lograba sostener la idea señalada en el párrafo anterior- al menos desde los postulados de los teóricos de la geopolítica clásica, entre ellos Mackinder, Mahan, Haushoffer, Ratzel, Spickman y otros, esto es: capacidad material, crear un sistema económico y capacidad para movilizar ideas e instituciones.

Estados Unidos, desde la Primera Guerra Mundial, ha tenido la capacidad para crear este orden internacional y mantener un poder militar innegable que hace parte de su política internacional que distribuye en dos vías: la diplomática e institucional, y la que es netamente material y que se da por medio de su apoyo en actividades militares internacionales, como en los casos más recientes de Libia y Siria.

Al final de la Primera Guerra Mundial en 1918, se llevaron a cabo una serie de esfuerzos conducentes a la creación de una organización internacional que tendría por objetivo prevenir el surgimiento de futuras guerras. El concepto legal clave que dio fundamento a la Liga de Naciones fue la fe en la seguridad colectiva, la idea de que si un Estado empezaba a exhibir comportamientos agresivos, otros Estados tendrían el derecho legal de reforzar la normativa internacional en contra de la agresión por medio de una toma de acción colectiva.

En otras palabras, la Liga de Naciones esperaba poder institucionalizar, global y colectivamente, el fenómeno histórico de las coaliciones anti hegemónicas. La Liga, sin embargo, fracasó en su objetivo de mantener la paz, lo cual se hizo evidente en su inhabilidad de mantener a raya las agresiones de Alemania, Italia y Japón que resultaron en el desatamiento de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Un segundo intento por institucionalizar la seguridad global colectiva fueron las Naciones Unidas, organización creada al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, excepto en raras ocasiones –Corea en 1950, el Congo en 1960 y las misiones de paz que tomaron lugar en lugares tan diversos como la isla mediterránea de Chipre y el Desierto del Sinaí–, la Guerra Fría y cuestiones ideológicas, impidieron a la ONU jugar el papel preponderante que, en materia de seguridad y cumplimiento de la ley, originalmente quisieron darle sus creadores en 1945. Por otro lado, lo que sí permitió la Carta de la ONU fue la formación de alianzas entre Estados en busca de seguridad individual y colectiva (Viotti, 2007, p. 74-75).

Más que un tipo de *Hard Power*, Estados Unidos logra combinar con el *Soft Power* (Nye, 1990) sus actuaciones internacionales, y no sólo porque no intervenga militarmente (no podría demostrarse su capacidad de influencia internacional) sino porque, además, su diplomacia hace que tenga un papel relevante, y se revitalice el tema de la interdependencia como un concepto clave en el equilibrio internacional de Posguerra Fría.

Teóricamente, la fase de la posguerra se encuadra en los períodos presidenciales de Bush y Clinton. La administración Bush (Padre) fue exitosa en la medida en que lideró la detención del general Manuel Noriega en Panamá y el triunfo de la guerra en el Golfo Pérsico se constituyó por definir en el ámbito internacional el concepto de New Order el cual, no sólo ejercía un liderazgo mundial, dejando atrás a la Unión soviética, sino además demostrándolo en el contexto internacional, por medio de operaciones militares.

Por su parte, los períodos presidenciales de Clinton se enmarcaron en un modelo humanitarista, exitoso en la medida en que “coincidió con un momento de optimismo histórico en el que todo lo ‘humanitario’ pasa a ocupar un lugar considerable en la sociedad, en los medios de comunicación y en la política internacional” (Benavides, 2009, p.109).

Como consecuencia de los atentados terroristas del 11 de septiembre, el gobierno norteamericano, de la mano de los neoconservadores ávidos de participación política y los centros de estudios o Think Tanks con afinidad republicana, como American Enterprise Institute, del cual hicieron parte Richard Perle y Richard Cheney; la Heritage Foundation; el Cato Institute y la Hoover Institution, en la que se destacan miembros como Condoleezza Rice y Donald Rumsfeld, diseñaron una nueva estrategia para enfrentar los nuevos retos y apaciguar el ánimo popular.

El deseo de los neoconservadores para el cambio de régimen en Irak, está bien documentado y se remonta a finales de 1990. Cada vez más frustrados por las políticas del presidente Clinton, que a su juicio permitió la propagación de amenazas a la seguridad de los EE.UU. (Seymour, 2006, p. 26).

Los neoconservadores criticaron las políticas norteamericanas durante el periodo de Posguerra Fría, específicamente durante la administración Clinton, porque consideraron que su visión quedó corta para repeler la amenaza terrorista en la que aparecían nuevos actores de poder en el escenario internacional.

Posterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001, fue necesario redefinir aspectos estratégicos de la política exterior norteamericana desde la incorporación de nuevos sistemas de inteligencia que lograran prevenir ataques contra la nación y sus aliados.

En la formulación de la política de seguridad de 2002, se hace énfasis en:

Liderar las aspiraciones para fortalecer la dignidad humana; consolidar las alianzas para la derrota global del terrorismo buscando prevenir ataques contra nosotros y nuestros amigos; trabajar con otros para desactivar los conflictos regionales; evitar que nuestros enemigos, con las armas de destrucción masiva, ataquen a nuestros aliados y amigos; encender una nueva era de crecimiento económico mundial a través de los mercados libres y el libre comercio; ampliar el círculo de desarrollo por medio de la apertura de sociedades y la construcción de la infraestructura democrática; desarrollar agendas de acción cooperativa con otros principales centros de poder mundial; y transformar la seguridad nacional de Estados Unidos y sus instituciones para enfrentar los desafíos y oportunidades del siglo XXI (The White House, 2010).

A partir del 2010 existen, en teoría, diferentes aspectos que hacen posible diferenciar la política exterior en materia de seguridad posterior a los atentados del 11 de septiembre, en comparación con la que se planteó el gobierno Obama y que conducirán a examinar si efectivamente ha existido una redefinición del papel de los Estados Unidos en el escenario internacional.

Algunos aspectos relevantes en materia de seguridad por parte de los Estados Unidos son: pretender la construcción de asociaciones efectivas con otros centros de influencia como China, India y Rusia, así como naciones como Brasil, Sudáfrica e Indonesia con el propósito de fortalecer la cooperación entre los Estados y renunciar a las soluciones unilaterales.

Así mismo, se declara que el enemigo principal no es el mundo islámico ni el “terrorismo” mismo, sino Al Qaeda y grupos similares por sus prácticas terroristas, se priorizan los desafíos que presentan la proliferación y uso de armas nucleares, el cambio climático y la seguridad en el ciberespacio.

Se incluye la prevención de ataques terroristas contra el pueblo de Estados Unidos, mediante la plena coordinación de las acciones que se toman en el extranjero y las precauciones que se toman internamente, se desarrolla la capacidad para hacer frente a las amenazas y peligros que enfrenta la nación, en tanto volver a una infraestructura que asegure al pueblo norteamericano y trabajar en cooperación con otras naciones. En este contexto, la “guerra preventiva” y el uso de la fuerza se identifican como últimos recursos.

En el ámbito del sistema internacional, el auge de otras potencias no genera un desbalance inmediato sino que proveen el equilibrio para lograr la consolidación de un cierto régimen internacional. Viotti y Kauppi argumentan que un régimen internacional es:

La serie de reglas e instituciones asociadas u organismos internacionales, si es que existen, que han sido construidas por los Estados para coordinar, gestionar o regular sus relaciones en torno a un determinado tema. Algunas de estas normas tienen el carácter vinculante del derecho internacional, mientras que otras son acatadas por los Estados porque simplifican las relaciones internacionales volviendo costumbre muchas transacciones recurrentes o porque se consideran ampliamente como en consonancia con el interés propio de los Estados. Los Estados tienen la capacidad de imponer reglas a actores no estatales (2007, p. 560).

¿Cuáles pueden ser las líneas en política exterior definidas por el presidente Obama, después de un gobierno republicano, que tuvo que enfrentar una de las amenazas más fuertes a su seguridad y su defensa nacional? Obama ha destinado gran parte de su mandato, incluido el inicio de su segundo periodo como Presidente de Estados Unidos, a tratar de definir una política de liderazgo internacional basada en una estrategia de disminución de los conflictos armados internacionales, reducción del enfrentamiento de Estados Unidos con otros países, como el caso de Afganistán e Irak, en donde el gobierno norteamericano ha recibido una gran cantidad de bajas por efectos de la actividad de la misma guerra, sino que ha tenido que aumentar su popularidad para evitar la actividad bélica como forma de actuación predominante en el ámbito internacional.

Por lo anterior, se podría preguntar: ¿es claro que Estados Unidos haya definido una política netamente aislacionista de los conflictos internacionales, o se abstenga de intervenir en lugares en donde no se ha pronunciado el mismo Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas?

La respuesta es no. La estrategia no es actuar sin el conocimiento de la comunidad internacional, sino de hacerlo en una primera instancia con la presión diplomática y, en segunda instancia, imponer el orden por medio de una actividad armada ejecutada por un grupo que combate a un gobierno al que el propio Estados Unidos considera como ilegítimo. Desde dichas condiciones actuó en Sarajevo en los años noventa y, recientemente, en las guerras civiles en Libia y Siria entre los años 2012-2013.

Estados Unidos seguirá siendo una potencia internacional no sólo porque utilice la fuerza para imponerse en el mundo, que en el gobierno actual es la *ultima ratio* para actuar, sino porque su proyecto democrático será seguido por la mayoría de los países (Ikenberry, 2011). La construcción de un sistema internacional estable y su condición de potencia que pueda generar la estabilidad, es mayor y la confianza en su proyecto liberal será cada vez más aceptado por la mayoría de los Estados del mundo. Otros, por su parte, esgrimen la necesidad de que Estados Unidos siga potenciando sus ventajas geopolíticas y que maximice sus capacidades para mantener su influencia en las periferias a su influencia y reducir la participación en gran escala de otros Estados que puedan afectar su condición propia de potencia internacional (Art, 1991).

La ratificación de un Estado como defensor de la idea de la democracia global puede convertirse en una simple retórica. Sin embargo, es posible hacer frente a una cantidad de retos en materia de política exterior, defensa y seguridad, lucha contra el terrorismo y el narcotráfico, inestabilidad política y delincuencia organizada. Así mismo, la condición de Estados Unidos como potencia internacional ha permitido la creación de esquemas de seguridad regionales que facilitan a sus aliados un control relativo de los mismos, ya que la dirección continúa siendo, en estricto sentido, privativa de los intereses norteamericanos, quienes se encargan del aprovisionamiento de material de defensa, manual de operaciones y control de armas en las zonas de influencia, sobre todo, en las que algunos consideran que ha perdido influencia como en América Latina.

Frente a cierto aislacionismo en cuanto a las actividades de vinculación militar en la zona, aparece un interés de mayor integración económica y política en un marco de excesiva ideologización, en la que son considerados como los únicos

culpables de los males de la región, desconociendo la condición de cada país; lo más probable es que no se entienda el papel de una potencia regional y global como el caso de Estados Unidos, que mantiene y mantendrá un papel preponderante con respecto a los demás Estados del hemisferio. Y esto se verá reflejado en la capacidad de crear cohesión alrededor de su proyecto político, mayor interdependencia económica e interés en cuanto a los temas de democracia como sostiene Lowenthal:

En vez de eso, Latinoamérica es importante para los Estados Unidos hoy en día, y será más importante de ahora en adelante, debido a:

- Cuestiones transnacionales que no pueden ser manejadas exitosamente ni por los Estados Unidos ni por ninguna nación latinoamericana de manera individual, sin contar con el apoyo cercano y permanente de aliados regionales; entre estas cuestiones se incluyen la seguridad energética, el calentamiento global, la contaminación y otros problemas medioambientales, el narcotráfico, la criminalidad y la salud pública.
- Interdependencia demográfica, originada en flujos migratorios masivos y sostenidos que han desdibujado las fronteras entre los Estados Unidos y sus vecinos más cercanos y generado complejas problemáticas que tienen tanto facetas domésticas como internacionales (los llamados problemas “intermésticos”) y que incluyen temas educativos, de sanidad, relacionados con las remesas, el otorgamiento de licencias de conducción y pensiones a los inmigrantes, la emergencia de pandillas juveniles y el tráfico de estupefacientes, armas e incluso personas.
- La importancia económica de América Latina para los Estados Unidos como fuente primaria de energía y otros recursos vitales para su economía al igual que como mercado prioritario de sus bienes y servicios. Cerca de la mitad de la energía de los Estados Unidos es importada desde países del hemisferio occidental y más de la mitad de ese total proviene de naciones latinoamericanas y del Caribe, adicionalmente, el potencial de expansión del mercado productor de energía en estas naciones es muy alto. Por otro lado, las firmas estadounidenses exportan bienes y servicios hacia América Latina por valor de USD\$ 225.000.000.000 (225 mil millones de dólares) al año, cuatro veces el total de las exportaciones que van desde los Estados Unidos hacia China en el mismo periodo de tiempo. Estas firmas mantienen, pero necesitan asegurar en el tiempo, la ventaja competitiva que les supone su familiaridad con el mercado latinoamericano y sus lazos culturales.
- Los valores compartidos, tales como los expresados en la Carta Democrática Interamericana (OEA) y en particular los Derechos Humanos, incluida la libertad de expresión, la efectiva gobernanza democrática y la consistente aplicación de los principios del Estado de Derecho.

Es poco probable que estos valores clave prevalezcan internacionalmente si no echan raíz efectivamente en el hemisferio occidental. En un momento en el que las difíciles experiencias de Irak, Afganistán y demás han hecho cada vez menos creíble la esperanza de que los ideales estadounidenses consigan continuar expandiendo su alcance, el compromiso compartido a lo largo del continente americano en relación con el cumplimiento de las normas de gobernanza democrática y el Estado de Derecho debe ser reconocido como uno de gran importancia y que vale la pena enfatizar en la práctica. (2009).

La agenda de América Latina: seguridad, actores extraregionales y cooperación

¿Cuáles podrían convertirse en los potenciales enemigos de Estados Unidos en la región? En principio, ningún Estado de América Latina ha declarado ser un enemigo claro. Lo que preocupa en las circunstancias actuales de las relaciones internacionales tiene que ver con el terrorismo internacional y su influencia en América Latina, en especial de grupos como el Hezbollah, que podrían intervenir en asuntos internos como en el caso de Colombia, con la financiación y creación de mayor contacto con redes del terrorismo internacional para apoyar a las FARC y al ELN.

A Estados Unidos le preocupan las relaciones internacionales de países latinoamericanos con potencias como Rusia y China (Ferguson, 2005) que, por ser actores preponderantes en las relaciones internacionales, buscan establecer sus alianzas en la región para aumentar las posibilidades de crecimiento, influencias políticas y de cooperación.

Varias hipótesis podrían lanzarse sobre Estados Unidos y su cambio de perspectiva sobre la seguridad en América Latina, en un escenario de la Posguerra Fría. En primer lugar, se tendría que identificar si su comportamiento va a estar fundamentado en una *Grand Strategy* (Art, 1991), que implica las acciones de carácter militar, o en un grado menor de posicionamiento de sus capacidades estratégicas de una gran potencia; en segundo lugar, un cierto nivel de aislamiento que pueda convertirlo en un Estado observador pero no interventor en el ámbito internacional; en tercer lugar, un Estado que se mantiene al margen de los cambios en el contexto de la Posguerra Fría y que no lograría mantener sus supuestos de posicionamiento estratégico; en cuarto lugar, un Estado que evita

en el mayor grado posible la maximización de sus capacidades geopolíticas para evitar los roces internacionales con otras potencias.

En palabras de Miller (2012):

En un artículo previo de *Survival* sostuve que, contrario a la creencia popular, los Estados Unidos han venido buscando la implementación de, por lo menos, uno de los pilares que hacen parte de una gran estrategia tácita desde el final de la Guerra Fría: construir una paz democrática.

1. El principio de la paz democrática ha estado implícito en la formulación de las más importantes iniciativas de política exterior de los Estados Unidos a lo largo de las últimas dos décadas, y en ese sentido, cuenta con muchas fortalezas que recomiendan su aplicación, entre ellas su armonía con valores ampliamente compartidos por el electorado estadounidense. Sin embargo, la defensa del liberalismo solo es uno de los componentes de la gran estrategia estadounidense. Existen otros cuatro elementos: la defensa del territorio estadounidense de cualquier ataque, el mantenimiento de un balance de poder favorable entre los grandes poderes, castigando a los actores violentos e invirtiendo en buena gobernanza y mejora de las capacidades de los aliados extranjeros.
2. Al igual que el apoyo a la democracia, estos objetivos más amplios se encuentran dentro del flujo general de la política exterior estadounidense, disfrutan de apoyo generalizado y se han mantenido notablemente consistentes por décadas.

Ante tantas consideraciones, la que puede dar cuenta de lo que ocurre o está ocurriendo, tiene que ver con su interés o la definición de sus códigos geopolíticos, referidos a sus intereses internacionales. Es previsible que van a tratar de mantener y maximizar sus intereses globales, independiente de que tenga un gobierno demócrata o republicano; en ambos el posicionamiento estratégico es fundamental, por ello, no se puede abandonar su característica como Estado potencia en el mundo y como conductor, en gran medida, de las condiciones del orden internacional contemporáneo.

¿Qué tipo de amenazas encuentra con respecto a sus intereses regionales y globales? ¿Realmente existen riesgos de perder su posicionamiento internacional o solamente hacen parte de una intervención internacional? Esta *Grand Strategy*, según Fontaine (2012), está en función de la capacidad material-militar para posicionar su referencia internacional. Lo primero que se revela como interés es la protección interna y la estabilidad política y económica; aumentar la prosperidad

de sus ciudadanos; mantener el abastecimiento de recursos como el petróleo en su actividad corriente y promover instituciones democráticas alrededor del mundo (Art, 1991).

Tales interpretaciones tienen que ver con las capacidades en función de su influencia internacional, y esto significa que no necesariamente va a intervenir a partir de una invasión militar, como continuamente se ha sugerido que es su *modus operandi* en los últimos 100 años. De allí la presencia tan importante en zonas como el Medio Oriente, Asia Central y América Latina. Esta última puesta en duda de múltiples maneras porque se considera que no tiene interés, ha perdido influencia o ha perdido el poder de influencia en la zona.

Ahora bien, en temas de cooperación e intervencionismo, se encuentran dos fenómenos: más cooperación y menos intervencionismo y más intervencionismo y menos cooperación. La estrategia de Estados Unidos consiste en aumentar su nivel de cooperación con América Latina pero ésta se ha visto en dificultades por un proceso de ideologización radical que vive la región, fundamentalmente por el proyecto del socialismo del siglo XXI, iniciado por Hugo Chávez, y el grupo de países miembros del ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América). Su conducción especializada de lucha contra el “imperialismo norteamericano”, logró consolidar en algunos países de la región un rechazo directo a las relaciones con Estados Unidos. En algunos países moderados, la posibilidad de la negociación con la potencia regional, -como en el caso paradigmático de Brasil, Perú y Paraguay- se podría concentrar un abanico de posiciones en torno a una potencia como ésta.

Estados Unidos ha moderado su lenguaje con respecto a América Latina, y ha realizado esfuerzos por cooperar con la región que no van encaminados a la satisfacción únicamente de necesidades políticas y económicas, sino, también, hacia el establecimiento de medidas que tiendan a superar los niveles de subdesarrollo de la zona. Esto puede ser considerado una simple retórica para mantener el posicionamiento estratégico, y por eso se recurre a actores extra-regionales que intervengan en la posición norteamericana, como en el caso de China y Rusia como potenciales países cooperantes de la región.

A pesar de esto, estas alianzas tienen dificultades en tres áreas en particular. Primero, la relación de estos países latinoamericanos de tradición democrática con dichas potencias, que niegan principios centrales de la misma institución política, pone en peligro las posibilidades de que la fortaleza democrática se mantenga en

el tiempo. Segundo, si bien se ha criticado ampliamente el sistema capitalista y se ha generado una reacción contra Estados Unidos como promotor de un modelo neoliberal y desquiciado con la población, que no respeta la condición del ser humano y no le importa la fragilidad del estado financiero, independientemente de su condición política, y en parte esto es cierto; pero, ¿acaso China y Rusia son menos capitalistas que Estados Unidos? O ¿utilizan un sistema económico benevolente con la población? ¿Reparten de manera equitativa la riqueza entre la población? A lo cual se puede responder con efectos y razones contrarias. No se podría esperar que China o Rusia implementen un capitalismo humanista, donde no se corran riesgos y donde las personas puedan recurrir en cualquier momento al Estado para resolver las crisis financieras a las que se vieran expuestos por efectos de las inversiones extranjeras en bolsa, o con las inversiones económicas hechas en factorías que representen un ingreso para lo misma población. La prueba de ello es que China implementa, y lo ha hecho durante mucho tiempo, un capitalismo radical en todo tipo de inversiones en el mundo. Tercero, la influencia política que puede hacer la China en los países en los que hace inversiones. Un caso paradigmático de ello han sido las construcciones de carreteras en Sudán, con el apoyo de un gobierno y un presidente que tiene líos con la Corte Penal Internacional, y que tiene medida de arresto internacional. Para los países de América Latina, en los que se presentan estas inversiones, la China representa un gobierno seguro porque deja la administración de recursos de manera equilibrada. Pero eso sí, no se puede discutir el tema de Derechos Humanos con el gobierno chino porque esto compete exclusivamente al fuero interno de este país y no necesita la aquiescencia de otro Estado.

Las disposiciones en un cambio de perspectiva de la seguridad de Estados Unidos frente a América Latina, obedece a una serie de amenazas que se dirigen sobre la zona. La implementación de nuevos direccionamientos en la política exterior en los que se encuentren involucrados países de América Latina, implica una afectación al balance de poder regional, el cual sostiene que: “La Teoría de la paz y la estabilidad, es más probable que se mantenga, cuando el poder militar se distribuye para evitar que una sola superpotencia hegemónica o bloque que controle el mundo” (Kegley & Blanton, 2009). América Latina no es ajena a las consecuencias de las injerencias de Estados Unidos sobre las actuaciones políticas de sus Estados, que hace necesario comprender los posibles escenarios de las potencias mundiales, dentro del sistema internacional, que posibilite orientar las decisiones de los gobernantes.

Conclusiones

Desde el ascenso de Obama a la presidencia, se han definido dos planes para la ejecución de estrategias de fortalecimiento en las zonas de la presencia en la región. Por un lado, se ha presentado un plan en el que las prioridades se encuentran ubicadas en Afganistán e Irak -en principio por dos guerras que el mismo presidente Obama quiere finalizar- lo que supone una estrategia dirigida hacia zonas del mundo con menores guerras y con un mayor énfasis en la interdependencia política. Por otro lado, en su perspectiva, representa y seguirá representando un Estado fuerte que tendrá a su cargo el liderazgo de políticas globales de lucha contra el terrorismo, las dictaduras y las actividades de delincuencia organizada que atraviesa el mundo.

Uno de estos aspectos centrales que tiene que ver con la característica de la interdependencia, es que su énfasis está en la cooperación y el desarrollo (Sutch, Elias, 2007), la investigación científica, promoción de los derechos humanos, y el respeto por el derecho internacional así como la implementación de medidas que acerquen a los Estados en su favorabilidad para mantener su condición como soberanos e independientes.

En estas circunstancias, hay una perspectiva que logra mantener su capacidad de influencia global en términos de su seguridad y su defensa que reposa sobre varios elementos: “Institucionalizar capacidades de guerra irregular; preservar la supremacía aérea, mantener el dominio marítimo, defensa antimisiles, espacio y ciberespacio” (National Defense Strategy, 2010).

Así mismo, consolidar las tareas exitosas en conflictos actuales, como en Irak, Afganistán; entregar un reporte oportuno y consolidado de los costos de las operaciones militares; fortalecer la estrategia de acuerdos y cooperación con los demás Estados que han entrado en cooperación con Estados Unidos.

En sus directrices principales, los objetivos estratégicos no obedecen, en principio, a América Latina sino a resolver los problemas internacionales en los que está involucrado. Posterior a este interés podrá consolidarse como una potencia equilibrada en términos de sus capacidades en la región. Russell explica que:

Las relaciones entre América Latina y Estados Unidos han sido interpretadas de distinto modo a partir de tres visiones dominantes. La primera es la llamada «idea del hemisferio occidental». La segunda alude a la supuesta «irrelevancia creciente» de la región para Washington, mientras que la tercera –y opuesta a la anterior– se

apoya en la «voluntad y práctica imperialista» estadounidense en América Latina. Empleo aquí el término «visión» en dos de las acepciones que le asigna la Real Academia Española: como punto de vista particular sobre un tema, y como creación de la fantasía o imaginación, que no tiene realidad y se toma como verdadera (2006)

Dada las circunstancias actuales de enfrentamiento ideológico entre la izquierda sudamericana (Hakim, 2006) y las políticas norteamericanas, se presume que su capacidad va a estar dirigida a aumentar su capacidad como actor político regional y, en consecuencia, mantendrá su influencia en las instituciones de la región como la OEA. En estas circunstancias se puede encontrar una intención por favorecer la interdependencia de los países de América Latina, esto es, un apoyo irrestricto a los procesos democráticos, sin desconocer los peligros frente a las democracias que representa, lo que los analistas definen como populismo autoritario, así mismo adoptar otro tipo de medidas tendientes al fortalecimiento de las instituciones democráticas en la región. La vía que incluye tales perspectivas tiene que ver con la presencia de organizaciones internacionales como Human Rights Wacht, quienes se encargan de velar por la defensa y protección de los derechos humanos en el hemisferio. Por supuesto, no han sido exentas de críticas, sino que también han sido blanco de expulsiones como en el caso de Venezuela.

Además, preocupa al entorno latinoamericano que algunos países hayan solicitado la exclusión de organismos regionales como la Corte Interamericana de Derechos Humanos que, en el caso venezolano, ha desatado una gran cantidad de críticas provenientes de la oposición por parte de organismos regionales que protegen los Derechos Humanos, y por otros gobiernos que, aunque limitados en sus pronunciamientos, mantienen su participación en los distintos organismos regionales que permiten consolidar los procesos democráticos en la región.

La interdependencia económica será un elemento fundamental en este tipo de relación, pues si bien se ha considerado a Estados Unidos como un *hegemón* dentro de la zona sur del continente, hoy, por distintas perspectivas, recurren a otros mercados comerciales para ampliar sus focos de desarrollo y de interés, en especial, el Pacífico y la consolidación con la Unión Europea.

Si bien estos procesos no son negativos para el comercio de América Latina, sí lesionan los intereses en la región con Estados Unidos, y lo sitúa en una leve desventaja con respecto a otros países de la región en cuanto al incremento del comercio, de la actividad bilateral y multilateral del mercado regional.

En síntesis, por la manera en la que Estados Unidos ha manejado a sus relaciones con América Latina, se hace indispensable el fortalecimiento de la cooperación internacional que dicho país pueda hacer con el bloque suramericano, si bien, como se ha expuesto, el enfrentamiento ideológico ha reducido capacidad de actuación de Estados Unidos, no se puede desconocer la importancia que sigue teniendo el bloque para los norteamericanos; sin embargo, no se puede desconocer que la tarea no será fácil, mientras los actores extraregionales como Rusia y China, sigan presionando con sus relaciones económicas para debilitar la presencia de la potencia regional. Por ello, en el cambio de estrategia, Estados Unidos tendrá que ampliar su espectro de cooperación y de integración si quiere seguir manteniendo una amplia relación con este bloque y quebrar la estrategia frente a las potencias extraregionales.

Referencias

- Art, R. (1991). A defensible Defense: America's Grand Strategy after the Cold War. *International Security*, 5 (4), 5-53. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/2539010>
- Benavides, L. (2009). El régimen internacional del "nuevo humanitarismo". *Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica*. Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI). Universidad Autónoma de Madrid, España. (12). [www.relacionesinternacionales.info].
- Ferguson, N. (2005). *Coloso. Auge y Decadencia del Imperio Norteamericano*. Madrid: Debate.
- Fontaine, R., Lord, K. (2012). *America's Path: Grand Strategy for the Next Administration*. Center for a New American Security. Recuperado de <http://www.cnas.org/americas-path>
- Hakim, P. (2006). Is Washington Losing Latin America? *Foreign Affairs*, 85 (1), 39-53. Recuperado de [<http://www.foreignaffairs.com/articles/61372/peter-hakim/is-washington-losing-latin-america>]
- Ikenberry, J. (2011). *Liberal Leviathan: The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*. Princeton: Princeton University Press.
- Ikenberry, J. (2005). Power and liberal order: America's postwar world order in transition. *International Relations of the Asia-Pacific*, 5, 133-152. Recuperado de <http://irap.oxfordjournals.org/content/5/2/133.full>
- Lowenthal, A. (2009). Renewing Cooperation in the Americas. En Lowenthal, A., Piccone, T., Whitehead, L. (Eds.), *The Obama Administration and the Americas. Agenda for change* (1-21). Washington D.C: Brookings Institution Press.
- Miller, P. (2012). Five Pillars of American Grand Strategy. *The International Institute for Strategic Studies*, pp. 7-44. Recuperado de [<http://www.iiss.org/-/media/Silos/Survival/2012/Survival--Global-Politics-and-Strategy-October-November-2012/54-5-02-Miller/54-5-02-Miller.pdf>]

- Nye, J., Donahue, J. (2000). *Governance in a Globalizing world*. Harrisonburg (VA): Brookings Institution Press.
- Nye, J., Donahue, J. (1990). Soft Power. *Foreign Policy*, 80, pp. 153-172. Recuperado de <http://faculty.maxwell.syr.edu/rdenever/PPA-730-27/Nye%201990.pdf>
- Rusell, R. (2006). América Latina para Estados Unidos: ¿especial, desdeñable, codiciada o perdida? *Nueva Sociedad*, 206. Recuperado de http://www.nuso.org/upload/articulos/3394_1.pdf
- Seymour, R. (2006). Are the neocons slipping into extinction? *The Middle East*.
- Stewart, R., Frazier, D. (2012). *Regional Power and Security Orders. A theoretical Framework*. New York: Routledge.
- The White House. (2002). The National Security Strategy of the United States of America. Recuperado de: <http://www.state.gov/documents/organization/63562.pdf>
- The White House. (2010). The National Security Strategy of the United States of America. Recuperado de: http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf
- Viottí, P. y Kauppi, M. V. (2007). *International Relations and World Politics. Security, economy, Identity*. United States of America: Pearson Prentice Hall.